mano en ellas, hacen hábito y así van a parar a ser casi irracionales y brutales, y que no sean regibles por ley, ni reducibles a cosa buena, si no es con mucha fuerza y particular providencia; y que si alguna ley tuvieren contraria a las cosas que hacen, les sea molesta y no tolerable. Estos bárbaros dichos, que en las cosas dichas parecen serlo mucho, convendría que los gobernasen hombres sabios, como lo dice Aristóteles en el lugar citado, cuyas son las calidades que aquí hemos referido; y porque son natural o accidentalmente siervos, por su extrañeza y por su bajo o mal uso de razón, por cuya causa distan mucho de los otros hombres y tienen necesidad de quien los rija y gobierne y los reduzca a vivir como hombres, o a lo menos se les impida que no sean nocivos ni perjudiciales a los otros hombres, y por esto añade allí el Filósofo, en el capítulo quinto, que a estos tales los pueden los sabios hombres cazar o montear, como a las bestias fieras, para atraerlos a que sean regidos y gobernados por ley y por razón, procurando el que los rigiere, con su buen juicio, el bien de ellos e impedir el mal que hacen a los otros y que ellos sirvan y aprovechen al sabio con sus fuerzas; porque la naturaleza los crió robustos para los trabajos y usos necesarios en los ejercicios que quisieren ocuparlos; y esto se hizo los años atrás en la reducción de los chichimecas cuachichiles y otros que trajeron nuestros capitanes españoles, en tiempo del primer gobierno del virrey don Luis de Velasco el segundo, congregándolos en pueblos, a que a los principios se amañaban mal por la mala costumbre que tenían de andar sueltos y derramados por aquellas tierras, haciendo daños en los nuestros muy nocivos y perjudiciales, tratándolos con astucias y mañas y muy mansamente de los ministros eclesiásticos, que son los frailes de mi glorioso padre San Francisco, que llevaron a su cargo y doctrina las gentes tlaxcaltecas, que los fueron a pacificar e industriar en las cosas de policía, dándoles a entender, poco a poco, la suavidad de la vida casera y social, y la aspereza de la que se hace en los montes y despoblados, que no han trabajado poco, en esto, ni dejan de trabajar, atrayendo a otros que viven la misma vida brutal y solitaria.

CAPÍTULO XXX. *Que trata de algunos volcanes que hay en esta tierra de Indias, y de la nieve que engendran, y sus naturales calidades*

AY EN EL MUNDO (en especial en esta parte de él, nuevamente descubierta de Indias) muchos montes que llaman volcanes, cuya denominación o etimología debió de ser tomada de nuestros primeros españoles de Vulcano, dios fingido de los antiguos gentiles de el fuego. Estos volcanes son unas sierras muy altas y eminentes, en algunas partes, y, en otras, bajas y de poca altura; pero siempre están como apartadas de las demás, algunos en mucha distancia y otros en poca, conforme

la distribución de los sitios que Dios en sus principios les dio, en cuya creación se mostró sumamente poderoso, como en todas las demás. De éstos unos hay de agua y otros de fuego, y a los de agua llámanlos también volcanes, por tener la misma forma y hechura que los que son de fuego, y de éstos son aquella grande sierra de Guatemala, que reventó a los principios de la conquista de esta tierra, en cuyas vertientes o faldas estaba situada su ciudad (como decimos en otra parte)[1] y la sierra, que llaman de Orizaba, que se ve treinta leguas la mar adentro, viniendo de España para esta tierra, y la que se dice Toluca, las cuales todo el año están coronadas de nieve, y esta última tiene una laguna de agua en su cumbre y cima (como ya también habemos dicho en otra parte),[2] y con éstas hay otras muchas que por excusar prolijidad, callo. Otros hay que son de fuego y tienen sus sitios y asientos, ni más ni menos, que los de agua, y por cima de sus cumbres tienen bocas espantosas por donde despiden y echan el fuego; y lo que más admira y parece que puede poner en confusión, es que siendo receptáculos y braseros de fuego, tengan en sus gargantas y cabezos la nieve en tanta cantidad y espesura, que parece ser formados de ella, y la sustentan y conservan por todo el discurso del año, en verano y en invierno, más y menos, conforme son los tiempos del año y temporales que corren; y de éstos es uno el volcán que está once leguas de esta ciudad de Mexico, que le cae a la parte del oriente, declinado al mediodía; y porque parece implicar contradicción que estos volcanes echen de sí fuego, que es cosa cálida en su efecto y juntamente engendra nieve, que es por el contrario fría, quiero, siguiendo el parecer de hombres doctos, decir si esto es cosa natural, y cómo se puede engendrar y sustentar esta materia y referir también lo que otros han dicho, queriéndose persuadir, a que son bocas de infierno por donde revienta el fuego de los condenados. Y para prueba de mi intento, esme fuerza acomular y hacer arrimo, en este capítulo, de aquel tan nombrado Etna de Sicilia, del cual tanto dijeron los antiguos gentiles, llamado Mongibel, por otro nombre, que según *Ethimología* de San Isidoro era casi Mulciber, que era sobrenombre Vulcano; y decíase *Mulciber* de esta palabra *mulceo,* que es verbo latino que quiere decir emblandecer; porque el fuego con su calor ablanda la dureza del hierro.

Este monte o sierra (según los antiguos escritores) es muy alto y se descuella por cima de las cabezas de otros tres o cuatro que tiene en su contorno, muy nombrados de los antiguos; tiene cerca de la cabeza, a los dos lados, dos bocas o aberturas por las cuales algunas veces y muchas, sale fuego; pero primero que salga se oye dentro de sus entrañas y profundo, muy grande ruido, que dura por mucho tiempo, y juntamente con el estruendo que hace viene saliendo el fuego; y lo que más podía espantar es que aunque por el monte hay grande ardor de fuego, y tanto que muchas veces quema y abrasa toda la tierra y lo que alderrèdor halla, por espacio de diez y quince millas tiene su cabeza y extremidad alta, toda cercada y

[1] Tomo I. lib. 3. cap. 35.
[2] Supra lib. 6. c. 23.

cubierta de nieve, y ni la nieve impide al fuego, ni el fuego derrite la nieve; y esto digo que causa o puede causar espanto y maravilla, considerando cómo pueden estar dos contrarios tan cerca, sin ofenderse, ni impedirse el uno al otro, y muchas veces a vueltas de la ceniza que despide el fuego arroja también la nieve, que puede llevar de encuentro; todo esto cuenta Solino en su *Polihistor*.[3] También hay otro monte en la misma isla cerca de este que llamaron Volcano, por el cual también sale fuego, pero no tanto, y así no fue tan celebrado de los antiguos.

Este dicho, de junto de esta ciudad de Mexico, es muy hermoso y de muy agradable y apacible vista; por la parte de mediodía no se junta con ninguna otra tierra que sea alta como él, antes van bajando sus faldas muy bajas a dar a tierras calientes; pero por la del norte se avecina a la sierra que llaman Nevada, que los indios llamaban Yztaccihuatl, que quiere decir mujer blanca; este volcán tiene en la cumbre una grande boca por donde humea, y por esto le llamaron los indios Popocatepetl, que es cerro humeador; y desde lo alto de él y contorno de toda la boca, hasta lo más bajo de su cuello o garganta, está todo el año bañado de nieve, más o menos, según son los tiempos y temporales que corren, como decimos del monte Etna; pero con esta diferencia, que el otro echa de sí fuego y éste no, pero el humo tan grueso y tan espeso, que sube muy alto, por la región del aire que le ciñe; y llegando a ponerse muy alto, como un plumaje, para y va bajando poco a poco y convirtiéndose en ceniza que se cierne por cima de la boca, y baja por cima de la nieve y se esparce por la vecindad de sus faldas, y muchas veces llega esta ceniza a los pueblos de Atlixco y Tuchmilco y Calpa, que aunque distantes unos de otros, caen cerca de sus extremidades y faldas; y aun veces ha habido (como decimos en otra parte) que han llegado a la ciudad de los Ángeles y a la de Tlaxcalla, que distan de él más de ocho leguas; no es continuo su humo, sino a ratos, cuando humea, y viene haciendo mucho ruido cuando sale, según afirman los que lo han visto; ahora ha cesado de humear por más de diez y ocho o veinte años, y fue el año que cesó el de mil quinientos y noventa y cuatro, por el mes de octubre, como ni más ni menos dicen los antiguos que ha sucedido en los tiempos pasados, aunque ya de presente humea algunas veces, pero no se parece, sino como si fuese nube que se engendra encima de la boca.

Dejado otro volcán muy singular, que llaman boca de infierno, que está en tierra de Masaya (del cual diremos luego) decimos haber dos cerca de la ciudad de Quauhtemalan, de los cuales hemos hecho ya mención en otra parte, el uno cerca del otro y son pequeños; pero el fuego que el uno echa de sí, parece cosa de asombro, porque son las llamas grandes y claras y muy frecuentes, y que causan asombro a todos los que las miran.

[3] Solin. cap. 11.